

# La Declaración de Bolonia y la Financiación de las Universidades

Domingo Docampo

Seminario organizado por el Consejo Social de la Universidad Pública de Navarra, mayo de 2002

Muchas gracias Vicepresidente por invitarme a hablar de un tema que los que me conocéis sabéis que me apasiona, la Declaración de Bolonia.

Yo también, en aras de que después en el coloquio tengamos tiempo para el debate, voy a ser breve. Además tengo que decir que suscribo la mayoría de las opiniones que ha emitido Vicente, por no decir todas, y comparto también su opinión de que hay que avanzar para saber dónde van a estar los obstáculos, ya que no los conocemos con precisión a día de hoy.

En cambio, no comparto su convicción acerca del consenso sobre los objetivos del proceso de convergencia europea. A mí me parece que todavía hay que hacer un trabajo de fondo sobre los beneficios que esperamos obtener de este marco de oportunidades que supone el proceso de convergencia para las Universidades Europeas en la década en la que ya hemos entrado. Y digo que no estoy muy convencido porque cuando se tocan algunos temas, por ejemplo, el postgrado, no creo que haya un consenso generalizado acerca de cuál debe ser su papel y su sitio en el futuro de las Universidades. Y cuando se habla de un título o dos antes del grado, no todo el mundo tiene la opinión que ha mantenido Vicente Ortega, que comparto, de que debe haber uno solo. No es verdad, creo, que haya un consenso amplio acerca de algunas cuestiones básicas en el seno de las Universidades españolas.

Yo quería centrarme en mi intervención en la estructura de las titulaciones. Alguien ha recordado aquí, y ahora lo hacía Vicente también, que quizá el problema más importante que tenemos respecto a la estructura de las titulaciones es la falta de visibilidad externa de los sistemas europeos. En definitiva, el sistema anglosajón, y fundamentalmente el norteamericano, se ha hecho con el estándar, y lo ha impuesto además como se imponen las cuestiones educativas, por calidad y por autoridad. Y porque la crema de las universidades americanas, no olvidemos que hay 3.500 y entre ellas hay muchísimas que son flojas, ha dado pruebas de constituir un sistema extraordinariamente rico, capaz de combinar investigación y docencia para sacar bachilleres y capaz también de crear equipos investigadores de talla mundial. Y a todos nos gustaría ser capaces de incorporar lo mejor de la Universidad

americana, que es mucho, e introducirlo en los sistemas europeos. En el fondo, eso es lo que está en los pasillos. Lo que estamos haciendo aquí es adaptarnos al sistema norteamericano. Eso en Europa puede rechinar un poco pero, en definitiva, algo de esto creo que hay; incluso hay quien le llama a la Declaración de Bolonia, la Declaración de BoLondon, dado que Londres sería el paso intermedio para llegar hasta el sistema norteamericano.

Yo querría hacer una reflexión de fondo sobre las Universidades en España, y después entrar en algunos de los temas concretos para dar también alguna opinión personal, recogiendo lo que hemos meditado y debatido en diversas reuniones de la Conferencia de Rectores, tanto en el pleno como en las sectoriales de los vicerrectores de Organización Académica. Pero fundamentalmente voy a dar opiniones personales.

Y la reflexión de fondo, para empezar, es la siguiente: la Universidad española en estos momentos se debate entre dos misiones que tiene que cumplir. La primera es el servicio público universal de la educación, además sin competencia en la educación superior en España. Es posible que poco a poco los grados superiores de la FP puedan empezar a tener el prestigio que todavía no han alcanzado hasta el día de hoy, e incluso, parece que hay un estudio que indica que si se les pregunta a las familias dicen que ya no tienen tanto interés en ir a la Universidad. Vamos a ver si se confirma después con los datos de matrícula, porque una cosa es decir “yo no sé si la Universidad es lo mejor para mi hijo” y otra cosa es que no se matricule después. En todo caso es evidente que cualquier familia en estos momentos está pensando que sus hijos tienen que acabar en la Universidad, y de hecho por ella pasan muchos de ellos. Somos el servicio público de la educación superior, un servicio que se ha masificado, pero no masificado en el mal sentido de la palabra. Yo diría que en el buen sentido de la palabra, se ha democratizado, se ha abierto, y hay muchísima gente hoy en día que puede acceder a la Universidad cuando hace 30 años accedía un porcentaje muy minoritario de los jóvenes.

Esto, lógicamente, lleva consigo una disminución de los promedios del rendimiento de los estudiantes y de la preparación previa con la que acceden, como no podía ser de otra forma. No cambia el percentil superior, ese sigue siendo igual. Yo diría que son todavía mejores, no lo digo sólo por la formación que hayan tenido en la secundaria, sino por el resto de las condiciones que les rodea, por la cantidad de medios que España pone a su disposición, por el poder adquisitivo de sus familias, por lo que han viajado, por la cultura que tienen, mucho más abierta de la que teníamos los españoles de los años cincuenta o sesenta, cuando estudiábamos muy poquitos y en unas condiciones bastante lamentables. Me refiero a que el país no era rico culturalmente. Creo que los mejores de ahora son muy buenos, y esos son los que quizá la Universidad no es capaz de incentivar suficientemente para que después se extraiga de ellos esa capacidad de generar grupos investigadores potentes y convertir también la Universidad en la élite, la excelencia de la

Academia: lo digo porque en las áreas donde hay mucha competición externa, porque el mercado laboral realmente está tirando fuerte de las Universidades, prácticamente no se nos queda ningún estudiante a realizar estudios de doctorado. Pensemos en algunas ingenierías. Acabada la etapa de formación del profesorado, es muy difícil que haya estudiantes que continúen una carrera investigadora; en los últimos cursos de la carrera están suficientemente agotados y con unas ganas extraordinarias de marcharse, como para que los convenzamos de verdad contadas excepciones, para que compartan con nosotros las tareas de investigación.

No estoy enjuiciando negativamente la situación, simplemente resalto las dificultades para acomodar la excelencia y el servicio universal. A mi juicio, uno de los impedimentos más importantes para este acomodo lo constituye el hecho de que el postgrado no forme parte integral de la oferta de las Universidades. Es más, yo diría que es casi el problema fundamental. En muchas Universidades tenemos Escuelas de Ingeniería Técnica en las que los estudiantes permanecen siete años en promedio para superar tres cursos. En las escuelas de Ingeniería Superior los cinco se convierten habitualmente en siete, como mínimo, y en algunos casos bastantes más años. Incluso en las disciplinas científicas tradicionales no son cinco los años en que se termina, son seis, incluso algunos más.

El Rector de Valladolid nos decía el verano pasado que habían hecho un estudio en su Universidad en el que se le preguntaba a los estudiantes en primer curso por las ganas que tienen por aprender, por la ilusión con la que entran en la carrera, y les habían hecho las mismas preguntas cuando estaban terminando: qué ilusión mantenían por aprender en su disciplina, qué afición y qué vocación conservaban, con resultados alarmantes. En las disciplinas científicas los estudiantes terminan con menos ganas de seguir estudiando de la que entraron en su momento. Son datos reales, de ellos hay que aprender, y tenemos en su momento que reflexionar sobre el porqué. Si uno escarba un poco más en el porqué hablamos de un tema del que también habló Vicente antes, los planes de estudio y los contenidos. Pero cuidado, cambiar de mentalidad no es una cuestión simple. No, hay otros condicionantes de este problema.

Por qué los profesores se empeñan en poner sus asignaturas en los planes de estudios? No es porque consideran que su materia es tan relevante que si un estudiante no sabe las doscientas ecuaciones al final no sabrá hacer puentes. No, eso es el subterfugio, eso sólo sirve para argumentar. La razón de fondo, todos lo sabemos, es que necesito esos créditos para mantener mi grupo de investigadores o para crecer en mi grupo de profesores. Lamentablemente, creo que esto es una realidad que hemos padecido muchísimo los que hemos tratado de intervenir en los planes de estudio para ver si podíamos pensar en los estudiantes. Y compruebas que después de arduas discusiones, el estudiante no ha aparecido en ningún caso, y no va a aparecer mientras no cambien los mecanismos que vinculan la asignación

de fondos a la contratación de profesores en las Universidades. O cambiamos el mecanismo de financiar o esto es un objetivo imposible, porque la gente seguirá pensando: “a mí nadie me engaña”, y no digamos ya con el crédito ECTS si implica menos horas de clase. Van a ver detrás una posible reconversión de los profesores que no son funcionarios. Esto es otro de los peligros que se apuntan, por lo tanto el debate sobre Bolonia tiene también mucho que ver con el debate de la financiación de las Universidades.

Serán los Gobiernos quienes, lógicamente, tienen que tomar parte activa, considerar que no se puede seguir pagando por alumno matriculado y sentado en un aula. No tiene mucho sentido hacerlo así porque entonces, entre otras cosas, forzamos a que las carreras duren mucho porque, evidentemente, un estudiante matriculado es un estudiante que genera recursos para las Universidades. Y aunque no se haga de manera voluntaria o de manera consciente, es evidente que cuando más estudiantes titulemos más recursos perdemos para la Universidad. Mientras la financiación siga dependiendo del número de créditos matriculados, tenderemos a mantener muchos créditos matriculados. No se hace conscientemente, pero se hace, porque sigue siendo rentable tener a los alumnos dentro, no fuera, titulados. Por lo tanto, creo que aquí hay un debate de fondo que había que desgajar del tema de Bolonia, que es cómo financiamos a las Universidades para que no estén los profesores obligados a pelearse cada vez que se habla de un plan de estudios, de un cambio de mentalidad, de qué es lo que pasa con esto. Y creo que ahí habrá que contar con el impulso de los Gobiernos, porque, si no, yo sí que creo que esta reforma encontrará resistencia, y además, -yo que soy gallego y allí somos históricamente reticentes hacia los que nos cuentan que nos van a mejorar el futuro-, los profesores dirán “a mí usted no me engaña, yo me quedo con mi crédito, con mi asignatura y me seguiré peleando por el volumen de créditos en el plan de estudios”.

Es necesario ver este proceso como un marco de oportunidades, propiciando que estas condiciones de entorno puedan tener una solución en paralelo, y hablando de cómo financiar este otro tipo de Universidad que queremos para el futuro. Y dicho esto, a mí me parece sustancial la cuestión de que el postgrado pase a ser parte integral de la oferta universitaria reglada, no como ahora. Esto tiene un poco de historia. Recuerdo que al final de los años 80, me eligieron Director de la Escuela de Ingenieros de Telecomunicación de Vigo, muy joven y además un novato en tareas de gestión. Pero me tocó porque en la Escuela de Vigo yo era el novato más viejo de todos. Fui a las primeras juntas de gobierno a Santiago de Compostela, Universidad sólida, tradicional, con muchísimo peso en las disciplinas científicas, cuando se empezaba a hablar de los masters. Y lo que recuerdo es que en aquellas juntas de gobierno se hablaba de los masters como de basura, con un desprecio absoluto, una cosa tremenda. Esta percepción es general en la Universidad española.

Y se creó un hueco enorme que ocuparon otros muchos agentes. No hay

caja de ahorros que no tenga una escuela de negocios, no hay banco que no tenga un máster de Administración de Empresas, no hay organización industrial que no intervenga en el mercado educativo. Y lo que es peor, casi no hay academia de primer piso que no tenga un máster. No será un master, pero ellos ponen máster. Como máster no es un título oficial, no cuesta nada, es impune, nadie te demanda. Y el asunto es que las Universidades, años más tarde, descubrieron que la gente pagaba por los máster, y mucho dinero, y que además la sociedad los reconocía, y no reconocía el Doctorado. Eso es una realidad, el Doctorado tiene un reconocimiento dentro de la investigación, y sólo se hace investigación básicamente en las Universidades y centros de investigación. Las empresas en España no se distinguen todavía por tener una gran capacidad de contratar personal para hacer I+D, y por lo tanto el Doctorado no tiene ese prestigio, ese reconocimiento social que podría tener y que, probablemente, tendrá en un futuro, a medida que se desarrolle más este país. Pero la maestría alcanzó un prestigio y un brillo extraordinario. De hecho, nos encontramos con que muchos de nuestros estudiantes hacen una carrera y luego vuelven a repetir cuarto y quinto en un sitio en el que le dan el título de máster. Nuestros ingenieros de telecomunicación se van a hacer un máster a Estados Unidos, y dicen “no es que no haya aprendido nada, es que yo podría haber dado clases en ese máster”. Pero tiene un título de postgrado. Esto no es generalizable, hay títulos muy interesantes, no quisiera que parezca que frivolizo, es simplemente por generar un poco de polémica también.

Hay estudios de maestría en determinadas Universidades de mucha calidad, pero en general un ingeniero español que hace una maestría en una Universidad promedio norteamericana no aprende demasiadas cosas. Eso sí, aprende otro estilo y se empapa de otra forma de trabajar, lo cual es interesante. Lo ha dicho antes Vicente y estoy completamente de acuerdo: no es tanto los contenidos o los temas, sino otra forma de trabajar. Yo me pregunto: qué nos ha pasado para que el ingeniero de Telecomunicación en la Universidad de Vigo se vaya a hacer el máster en Administración de Empresas a la Caja de Ahorros y no se vaya a la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Qué hemos hecho? Porque algo hemos hecho mal. Se van a la Caja y resulta que en la Caja bastantes de los profesores son los que no han sido capaces de ganar las oposiciones de la Universidad, junto con uno o dos grandes expertos que le dan brillo, porque esto del marketing lo hacen muy bien. Son capaces de incorporar dos o tres pinceladas de dos tipos de gran altura y ya se convierten en profesores del master.

Esta batalla en su momento no la perdimos, es que no la planteamos. A mi juicio Bolonia nos da la oportunidad de volver a recuperar el postgrado para las Universidades. Eso significa, obviamente, que tiene que pasar a ser un título oficial, reconocido entre los títulos que se expiden en España. Por lo tanto ahí viene a propósito la discusión de ese primer título; yo también opino que uno solo, que licenciado o ingeniero, el primer título de cuatro

años, 240 créditos en vez de hablar en años, y a partir de ahí una oferta muy versátil, con programas que se acrediten y no se homologuen. Es decir, que hubiese menos directrices, menos cumplir con normativas completas, que cada Universidad tenga mucha más libertad y se acrediten los programas, que sean capaces de combinar los cursos de postgrado que actualmente tenemos, los buenos, los que no son chiringuitos, los que se han hecho con mentalidad académica y seriamente, que recupere la parte de los doctorados en la que se imparten los cursos que podían estar integrados en programas de postgrado, de manera que se le dé valor a los segundos ciclos actuales, que lógicamente sería la oferta mayoritaria de postgrado.

A mi juicio, de esa forma volveríamos a tener visibilidad, y España en particular, tiene un mercado, ya que hemos hablado así, natural en Latinoamérica, donde ni siquiera necesitamos dar clases en inglés. Hay muchísimos estudiantes latinoamericanos que sólo viajan hacia el Norte, y que deberían empezar a viajar al Este para estudiar su postgrado. Pero no vienen aquí porque no les damos valor añadido, a un ingeniero qué le damos? El doctorado. Son cuatro años o cinco, lo hacemos con alumnos becarios que tienen un soporte de las agencias internacionales, y que fundamentalmente van a ser profesores allá. Por lo tanto estamos de nuevo hablando del mercado propio, de la formación universitaria para consumo universitario. Ellos saben que nuestros postgrados no reciben un título oficial; es posible que algunos tengan ya en España un reconocimiento muy bueno, pero fundamentalmente están fuera de las Universidades, y por eso vendrán a hacer los de las escuelas de negocios y algunas instituciones que han conseguido prestigiarse a lo largo del tiempo, máxime si nuestro gobierno también colabora con iniciativas como la de la Fundación Carolina. Y probablemente también algunos postgrados universitarios, pero de entrada ellos saben que no es un título oficial, no es lo mismo que cuando van al Reino Unido o a Norteamérica. Creo que esto nos daría una visibilidad que ahora no tenemos.

Quiero volver a puntualizar que, para que esto fuera posible, la financiación de las Universidades tiene que ser otra cosa muy distinta, porque si no esto no tiene sentido, tendríamos que empezar a poner el postgrado dentro de los planes académicos, financiado directamente con criterios muy diferentes a los de los primeros títulos respecto al número de estudiantes.

También quería aportar otra idea que me parece relevante, relativa al aprendizaje y la enseñanza. El proceso de Bolonia nos debe llevar a un cambio de paradigma, de la educación centrada en la enseñanza a la educación centrada en el aprendizaje. Porque no es sólo que el crédito del estudiante es el crédito de su trabajo, y el crédito que ahora tenemos son las horas del profesor. Es otra cosa. Es que entonces las aulas son lugares a los que se va a aprender, no a enseñar; las aulas son sitios donde los estudiantes tienen que conseguir esas habilidades que el mercado laboral considera relevantes. No es haberse empapado de contenidos, de información, sobre todo en una so-

ciudad en la que la información cada vez está más accesible a todo el mundo. El problema es cómo entenderla, cómo manipularla, cómo ordenarla, cómo jerarquizarla, cómo extraer de ella conocimiento, y eso es lo que el estudiante cada vez más tendrá que ir a aprender en las aulas. Son las habilidades que necesita luego en las profesiones, la capacidad de trabajar en equipo, de tener un pensamiento crítico, de conceptualizar el mundo en el que vive, a través de una disciplina científica, pero con una visión mucho más amplia que su propia especialización.

Es decir, que esta primera docencia, este primer título tiene que ser muy generalista. Los que conocéis a Manuel Castells sabéis que en estos momentos es una persona de una relevancia mundial extraordinaria en el campo del análisis de la sociedad de la información desde su visión de sociólogo y economista, tras haber pasado muchos años en el polo tecnológico más importante del mundo, en el Silicon Valley, por su trabajo en Berkeley. Hace poco estuvo en Vigo hablando de “Innovación, transferencia de conocimiento y desarrollo” y se pasó mucho tiempo hablando de educación. Habló de todo tipo de educación, no sólo la superior, también habló de la educación básica y secundaria. Una de las cosas que él remarcaba era que en la sociedad del conocimiento la titulación primera tiene que ser cada vez más generalista, porque las personas en la sociedad del conocimiento tienen que ser más versátiles, tienen que ser capaces de reprogramarse al cabo de unos cuantos años y cambiar, incluso, el entorno de trabajo, el sitio en el que desarrollan sus actividades, la empresa. Incluso la empresa cambia y se dedica a hacer otras cosas. Por lo tanto, cuando más ceñida sea la formación, peor, cuánto más amplia, mejor. Que es una idea contrapuesta frontalmente con los planes de estudio que tenemos. El estudiante llega y no tiene tiempo de descansar, y así no me extraña que sea muy difícil tener mentalidad creativa, porque son planes de estudios tipo carrera de obstáculos hasta el final.

Para que esto pueda ser una realidad tendrá que cambiar sustancialmente el mecanismo de financiación de las Universidades, si no es imposible. Pero imaginemos que fuese posible. Entonces tendrían que tener planes de estudio descargados de horas de tarima y de horas en las que hay un profesor dictando, muchas veces simplemente transmitiendo información, para pasar a valorar el hecho de que les demos a los estudiantes oportunidades para trabajar por su cuenta en las bibliotecas, en los laboratorios, en las tutorías, en el contacto directo con el profesor, en los grupos reducidos que hacen un trabajo más en equipo, y no tanto recibiendo clases magistrales porque, habitualmente, es mucho más difícil generar ahí mentalidades creativas.

Como último punto, quiero mencionar otro tema que desde luego no ha generado en la CRUE precisamente un consenso. Este tipo de mentalidad que entiende las aulas como lugares a los que se va a aprender, con preponderancia de los procesos de aprendizaje, con una docencia generalista, nos tiene que llevar a unos mecanismos de evaluación radicalmente distintos de los que hoy tenemos.

Vivimos, lamentablemente, en un sistema de evaluación basado en la dualidad suspenso-aprobado. Luego al aprobado le damos matices, a alguno le damos hasta un notable, para el sobresaliente tiene que ser una cosa extraordinaria. Pero estamos ahí, en suspender o aprobar. Creo que esto proviene fundamentalmente del hecho de que en España es la Universidad la que acredita los saberes, y la que da el marchamo para las profesiones y, por lo tanto, nos sentimos garantes de que las personas salgan con los conocimientos precisos para poder desarrollar después sus habilidades profesionales.

Si partimos de la base de que no son los contenidos, sino la capacidad de generar conocimiento la, capacidad de entender la información, de manipularla, entonces ya no hablamos tanto de cuántas asignaturas es capaz un estudiante de aprobar y cuántas suspender. Creo que ahí habría que pensar en valorar globalmente el trabajo de los estudiantes, cómo hacemos para compensar el que sean capaces de ser excelentes en unas materias y en otras menos. Me parece que ahí se abre un debate interesante. Muchas Universidades ya lo están haciendo, lo estamos haciendo, estamos procurando abrir válvulas para que los estudiantes obtengan más rendimiento de su trabajo. En efecto, si el profesor da un trabajo para hacer, eso hay que valorarlo, no va a ser además de todo eso otra vez el examen final a tumba abierta. Habrá que pensar cómo aupamos al estudiante para que tenga después un reconocimiento a su trabajo.

Y finalmente, y esto es en lo que digo que no coincide mucha gente conmigo, creo que es interesante analizar sistema norteamericano, con sus A+, A-, B+ y así hasta la E. Tiene tal gradación que muchos aprueban, y pocos suspenden. El nivel de exigencia que se pide a la generalidad de los alumnos para que pasen y salgan de la Universidad hacia el mundo laboral no es ni por asomo el que nosotros ponemos aquí. Allí prefieren distinguir a los mejores. Por lo tanto, la persona que salió con un 3,9 de promedio, tiene entrada a los mejores cursos de postgrado, a las escuelas de medicina o de leyes, y el mercado laboral les da una consideración importante. Y el que pasó con una E sabe muy bien que empieza vendiendo hamburguesas, hasta que con su iniciativa supla sus carencias de formación.

Nosotros estamos en la otra mentalidad, creo que muy lógica, porque somos los que acreditamos los saberes. Pero a mí me parece que es necesaria una transición suave, poco a poco, hacia esa otra forma de valorar el trabajo de nuestros estudiantes. Y a no tener miedo a aprobar más gente, aunque salgan plumillas que digan que regalamos los títulos, que saldrán. Si hacemos conjuntamente esta reflexión, y la Universidad española aprende a distinguir a los mejores, pero no a castigar a aquellos que no han sido capaces de obtener ese rendimiento que muchos decimos que es mínimo, pero que en realidad es bastante elevado en algunas materias, puede que eso sea más acorde con el espíritu que estamos hablando aquí de Bolonia. Con esto espero que haya también lugar para el debate.

# 1 Coloquio

Alberto Pérez Calvo, catedrático de Derecho Constitucional.

Lo primero que se me ocurre es felicitar al Consejo Social por la oportunidad y el interés que, objetivamente, tiene ya el título de esta jornada, y después a cada uno de los ponentes porque han sido realmente claros, ágiles y amenos también. Dicho esto, quisiera hacer un par de preguntas. Una primera, podría adaptarse ahora nuestro sistema de créditos a los créditos europeos? Sería posible vía decreto después de la LOU?

Después una pregunta más de fondo. Yo creo que actualmente la mayoría de los profesores universitarios, que solemos serlo por vocación, realmente llevamos una vida casi imposible, porque enseñamos, investigamos y además administramos. Me quedo con las dos primeras partes: enseñanza e investigación. No quiero preguntar a nadie, pero estoy seguro que la mayoría de los que estamos aquí, y los que no están aquí también, los sábados y parte de los domingos, los pasamos en gran parte trabajando. Por qué? Porque es muy difícil compaginar ambas cosas. Este modelo que tenemos ahora nos exige ese tipo de vida que ya digo que es imposible. El nuevo sistema, que a mi me parece un ideal a conseguir sin duda, comparto el entusiasmo que todos ustedes han mostrado, probablemente va a exigir un poquito más de esfuerzo por parte del profesorado. Profesorado que, no lo olvidemos, en gran parte en cada Universidad está sí, para enseñar pero, quizás, ante todo para investigar, por lo que, igual no es el caso de todos, el mío creo que sí, se siente empujado a ver las clases como un obstáculo para investigar. Todo ello creo que depende de lo que ha dicho el Rector: donde está el meollo de la cuestión es en la financiación, cómo se financia a la Universidad. Yo no sabía que se le financiaba en función de los puestos, además eso dependerá de cada Comunidad. En todo caso lo que ve un profesor cuando pide una plaza nueva son las horas de clase que da, tantas horas a la semana, lo cual normalmente o en muchos caso impide que haya suficiente profesorado para no llevar esta vida casi imposible de la que he hablado antes.

Por otra parte, se podría pensar que se pide más profesorado para tener más poder, para tener podercillo diría yo, y en eso también estoy de acuerdo, pero también se puede pedir profesorado o tener un mínimo de profesorado para poder formar un mínimo equipo investigador, que es otra consideración que hay que tener. Todos debemos cambiar de mentalidad, en primer lugar los universitarios obviamente. Como decía antes la representante de la Universidad de Deusto, hay que intentar captar recursos exteriores, y no solamente públicos, pero también creo que las autoridades que pagan la Universidad y, probablemente, los equipos Rectorales, deben de cambiar de mentalidad y asignar recursos en función de esos objetivos que, aunque de manera un poco vaga, creo que han quedado claros en lo que he dicho. Gracias.

Domingo Docampo Amoedo.

Eran dos preguntas, y en la segunda, Alberto, abres un debate que nos llevaría muchas horas y es muy importante además. Lo primero que hay que decir es que la dedicación docente de los profesores es fundamental, es por lo que nos pagan. Hay que recordárselo a todos los profesores porque es por lo que nos pagan en las Universidades, por la docencia. Además de eso sabemos que para ser buenos docentes hacemos investigación, y que la misión de la Universidad no se acaba sólo en la enseñanza, sino también en la creación del conocimiento, pero nos pagan por enseñar. Dicho esto, la situación de los profesores es muy poco homogénea. Eso que tú describes no es generalizable: hay centros y hay titulaciones donde los profesores, por lo que sea, porque históricamente crecieron antes y llegaron antes y ocuparon la plaza, y luego resulta que tienen menos estudiantes, no tienen esos problemas y tienen una mayor dedicación a tareas investigadoras o a otras cosas. Después hay centros donde hay profesores que tienen una sobrecarga de tareas a asistencia a estudiantes, probablemente porque hay más estudiantes y los números de alumnos son todavía muy elevados por grupo, etcétera. Antes decía que si empezamos a pensar en criterios diferentes de financiación, podremos empezar a asignar otro tipo de prioridades. Yo diría, por ejemplo, que hay profesores a los que les gustaría mucho poder dar más clases y ser reconocidos por ello. Hay muchos profesores que por la edad, porque no tienen las condiciones para desarrollar una investigación de calidad, dirían que no les importaría dar más clases siempre y cuando se viese que “yo elijo dar más clases, aquel elige hacer más investigación, pero en realidad nos distribuimos el trabajo interno del Departamento, del grupo o del área de una forma que nos parezca conveniente para desarrollar nuestras actividades”. Esto, siempre y cuando, insisto, la financiación no estuviese estrictamente ligada a los parámetros habituales. También insisto en lo que antes comentaba del postgrado. Sería vital que pudiéramos tener docencia reglada de postgrado, con planes de organización docentes y con sus grupos de estudiantes, que tendrían que ser otros números muy distintos de los grupos de la primera titulación. Podría dar muchísimo juego para profesores que pudieran combinar mucho más la docencia con la investigación, que viesan una mayor ligazón entre una cosa y otra. Creo que en ese sentido hay mucho de qué hablar, pero el problema tal como lo has planteado tampoco representa la generalidad de la institución universitaria, que es de geometría variable en cuanto a la dedicación docente e investigadora.

Ángela Abós, Presidenta del Consejo Social de la Universidad de Zaragoza.

Querría decir, en primer lugar, que ha sido una mañana muy productiva. Querría felicitar a mis colegas, a mis compañeros del Consejo Social de la Universidad Pública de Navarra, por haber suscitado esta discusión sobre el espacio universitario europeo, pero también por la forma concreta de organizar la jornada, porque ha sido perfecta. Lo digo con absoluto de-

sprendimiento, pero con absoluto rigor, porque Julia planteaba un marco global de lo que Europa requiere, luego Juan Franco ha descendido a decir qué ha pasado desde París a Bolonia y desde Bolonia a Praga y qué nos espera. Ha seguido Vicente Ortega, y con la prudencia que le caracteriza ha empezado a desvelar los problemas que tendremos para que eso sea posible, y ha finalizado el Rector de Vigo poniendo el dedo en la llaga, concretando cuáles son a su juicio los problemas graves de fondo que tenemos y que nos impiden, relativamente, cumplir los objetivos que la integración en ese espacio superior europeo requiere.

Las cuatro cuestiones principales me suscitan cuatro preguntas, y voy a ver si las expreso telegráficamente. La financiación. El debate es cómo se está financiando la Universidad. En este momento tenemos unos problemas, la nuestra desde luego no ha resuelto todavía el problema del incremento del sueldo de los profesores universitarios, y plantea hacerlo, como otras comunidades autónomas, por la vía de los incentivos, que le corresponde aprobar al Consejo Social. Los incentivos discriminados, discriminados, querido Rector. Porque los profesores en general opinan que no deben ser discriminados.

Domingo Docampo Amoedo. Yo no opino así.

Ángela Abós.- Lo suponía y me alegro. Pero muchos profesores opinan que no deben ser discriminados, sino más bien generalizados. Segunda cuestión: cómo hacemos para convencer a la Comunidad Universitaria de que el camino de la convergencia con Europa es el único camino? Tercera pregunta, la preocupación que manifiesta porque los postgrados fueran enseñanza reglada. Aquí nos movemos cómodos entre la licenciatura y el doctorado, y en medio hay una cosa poco definida, y que ya nos la han arrebatado a las Universidades otras entidades, cómo nos organizamos para que también nuestras Universidades, que no percibieron en su día la trascendencia de esta oferta educativa, en este momento apuesten directamente por arrebatarse a las entidades financieras y a quien quiera que sea ese tramo, si en nuestra Universidad no es general la creencia de que es un tramo determinante para lo que es el futuro? Enseñar a los chicos a aprender habilidades, este es el gran debate, en la secundaria pasa lo mismo. Las familias españolas, es decir la sociedad española, están empeñadas en que los conocimientos teóricos es básicamente lo que hay que transmitir. Cómo convencemos a la Universidad de que las destrezas y habilidades deben ocupar un lugar central en el proceso formativo? Finalmente, cómo hacemos esa transición suave, sobre todo en las áreas científico-técnicas, lo digo por mi Universidad, a lo mejor en otras no sucede lo mismo, hacia disminuir el número de suspensos?

Domingo Docampo Amoedo.

A lo primero que dijiste, yo radicalmente no opino así. Creo que el camino de los incentivos es mucho mejor que el de los subsidios y el de los

seguros. Estoy convencido, no hay más que añadir.

Con respecto a los otros temas, hay preguntas que son de Gobierno, por lo que no voy a responder por los Gobiernos: que los Gobiernos indiquen cuáles son las prioridades que asignan a la educación, los objetivos, de qué manera financiarla. Pero la segunda cuestión que planteaste hacía referencia a los postgrados. Yo no hablaría de arrebatar. Creo que ése nunca debería ser el planteamiento, porque entonces nos podría llevar a una muy mala relación con agentes sociales que luego son determinantes para la relación de la Universidad con la sociedad, para la capacidad de empleo, para muchísimas cuestiones. Los propios Consejos Sociales deberían ser en ese sentido el punto de encuentro, donde justamente la sociedad civil le indica a la Universidad preferencias, prioridades, le ayuda a rendir cuentas. Más que arrebatar es recuperar la posición. Hay que recuperar el postgrado como docencia reglada; luego, las instituciones que tienen cursos acreditados encontrarán alguna fórmula para seguir impartiendo determinado tipo de cursos de especialización. Probablemente muchas se sentirán animadas a organizarlas conjuntamente con las Universidades, de manera que a medio y largo plazo puede haber una integración dentro de las Universidades de muchos estudios que hoy están fuera, pero por el camino a transitar conjuntamente, y no de arrebatar. Habría que ser muy prudentes.